



El café y los nuevos rumbos de la economía

Joseph Stiglitz

**Brookings Institution, EE.UU.
Premio Nobel de Economía, 2001**

Es muy grato para mí encontrarme hoy aquí para hablarles de un tema que me parece muy importante, que es el de la globalización de la economía mundial en relación con los países en desarrollo. Me propongo hacer algunas referencias a las repercusiones que ello ha tenido en el sector cafetero. Todos ustedes deben estar familiarizados con el tema de la globalización de la economía. La Organización Internacional del Café es una organización globalizada cuya fundación data de hace casi 40 años. El café es un producto globalizado; en verdad, la historia de la difusión del café desde el Yemen y Etiopía que empezó hace 400 años es de por sí la narración de una globalización temprana. Hoy los consumidores gastan 50.000 millones de dólares en café, y el café proporciona medios de subsistencia a 100 millones de personas en 60 países, y representa, para muchos de esos países una parte considerable, que llega en algunos casos al 60 por ciento, de sus ingresos procedentes de las exportaciones.

Existe ahora mucho descontento con la globalización de la economía mundial, y mucho descontento también con la forma en que esa globalización viene afectando al sector cafetero. Desde hace mucho tiempo se observa una gran volatilidad de los precios de los productos básicos en general y del café en particular, y en la actualidad, como todos ustedes saben, el precio que los productores reciben por su café ha bajado un 50% con respecto a lo que era poco tiempo atrás.

El problema del descenso de los precios viene preocupando desde hace mucho tiempo, y la cuestión de los precios de los productos básicos en general no es algo que haya empezado a preocupar ahora por primera vez a los economistas. Prebisch, que fue un gran economista de América Latina, hablaba ya del problema que suponía el descenso de larga data de los precios de los productos básicos. El problema de la volatilidad de los precios de los productos básicos también viene despertando preocupación hace mucho tiempo. Yo creo que hay dos factores que hacen que las perspectivas sean distintas en estos momentos de como eran, digamos, hace 10 ó 15 años.

En primer lugar, una de las consecuencias del tipo de nuevas tecnologías que se describieron en la charla que acabamos de escuchar es la de que, mientras que los productores contemplan la caída de los precios que se les pagan, los precios que paga el consumidor no han descendido de manera comparable. Los márgenes de beneficio han aumentado y esto, creo yo, es especialmente indignante para los que viven en países muy pobres. Es muy evidente que existe una discrepancia entre los intereses de los consumidores y los intereses de los productores.

En segundo lugar, el descontento que se observa en el ámbito del café con respecto a la globalización forma parte de un descontento más amplio con ese fenómeno, como acabamos de ver hace unos minutos. Y es de ese descontento

más amplio con la globalización de lo que quiero hablar esta mañana.

Son tres los temas en los que deseo centrarme. En primer lugar, el de que la globalización puede ser un fuerza muy poderosa y positiva para los países en desarrollo. De hecho, la parte del mundo en desarrollo que ha experimentado un crecimiento más considerable en las últimas tres o cuatro décadas es el Asia Oriental, y Asia Oriental ha experimentado crecimiento como resultado de su participación en la globalización de la economía mundial. Ha tenido un crecimiento derivado de las exportaciones, y la magnitud de los beneficios obtenidos ha sido enorme. Los ingresos en países como Corea, aun si se tiene en cuenta la crisis financiera mundial de estos últimos años, son unos ingresos por habitante ocho veces más de lo que eran hace 30 años, por lo que la globalización ha supuesto enormes beneficios para los habitantes de esos países. Y esos son beneficios que han estado ampliamente repartidos, ya que los índices de pobreza en Asia Oriental han bajado en picado. Pero aunque la globalización puede ser una fuerza poderosa y positiva para bien de todos, la segunda proposición que quiero ofrecer es la de que la manera en que la globalización ha ocurrido de hecho en el mundo entero no ha sido en realidad tan positiva para muchos países. Para muchos países supuso sufrimiento, y han sufrido en particular los países pobres, y fueron las personas pobres de esos países las que se vieron más perjudicadas. A principios de esta semana se celebró una conferencia sobre los países en desarrollo bajo los auspicios de las Naciones Unidas, y en esa conferencia se hizo hincapié una y otra vez en que ha aumentado enormemente el número de países pobres en estos últimos 20 años. El número de personas que viven en un nivel de pobreza absoluta ha aumentado en el último decenio. En la carrera entre los aumentos de ingresos y los aumentos en la población, los aumentos en la población no han sido los ganadores y los ingresos por habitante han sufrido un descenso. En una región del mundo en que el sistema de mercado se introdujo hace una dé-

cada, es decir, en los antiguos países comunistas, a esos países se les prometió que aumentarían sus ingresos y que aumentaría su nivel de vida y, sin embargo, eso no ha ocurrido. En Rusia, el mayor de esos países, los ingresos hoy en día son el 40 por ciento menores de lo que eran hace 8 años. El índice de pobreza al final del régimen comunista en Rusia era del 2 por ciento. Hoy en día es de cerca del 50 por ciento. Y más de un niño de cada dos vive en la pobreza. Así pues, la manera en que la globalización ha procedido no ha beneficiado a todos. Aparte del Asia Oriental, no ha habido una convergencia de ingresos. En un estudio de la banca mundial que se llevó a cabo en 1994 en Ginebra, se demuestra que la Ronda Uruguay dio por resultado que los ingresos de la región más pobre del mundo, el África subsahariana, descendiesen el dos por ciento, debido, de hecho, a la relación de intercambio. De manera que mientras los Estados Unidos y Europa presumían de lo mucho que se habían beneficiado de la Ronda Uruguay, no era simplemente una cuestión de que hubiese un reparto desproporcionado de los beneficios de la globalización; era que parte del mundo, el África subsahariana, estaba de hecho peor que antes. Hoy sabemos que la liberalización del mercado de capital, un asunto que el FMI se propuso imponer durante décadas, fue el principal responsable, el ingrediente que cabe señalar como el más responsable, de la crisis financiera mundial que hizo tales estragos en el sudeste asiático y en Corea, Indonesia, Tailandia y otros países de todo el mundo. Hoy en día, el FMI reconoce que la liberalización del mercado de capital en países menos adelantados puede efectivamente hacer que aumente la volatilidad y causar problemas, pero es demasiado tarde para los que han sufrido desproporcionadamente en la segunda mitad de la década pasada como resultado de esa liberalización del mercado de capitales.

Así pues, mientras que la primera proposición es la de que la globalización puede ser una fuerza poderosa y positiva, la segunda proposición es la de que con demasiada frecuencia ha sido

una fuerza que ha perjudicado a los países en desarrollo y perjudicado a los pobres. Y esto suscita la tercera cuestión, o la tercera proposición, que es la de determinar cuál es la causa del problema. Lo que quiero argumentar al respecto es que lo que ocasiona el problema es la forma en que se gobierna la globalización de la economía mundial. Cuando hace 150 años estaban tomando forma en Europa los intereses de las naciones, o cuando la economía nacional se estaba formando en los EE.UU., teníamos formas de gobierno que se encargaban de asegurar que nadie cayese por las grietas. Teníamos un gobierno nacional en los EE.UU., por ejemplo, que en 1863 proporcionó un marco para la reglamentación financiera de los mercados. Teníamos establecido un sistema completo de redes de seguridad. Hoy en día no tenemos una forma de gobierno equivalente en el sistema económico mundial. No creo que haya que ser adivino para ver que tenemos una forma de gobierno del sistema global que es muy defectuosa. Y los resultados que hemos visto, esos resultados de que he hablado, el hecho de que algunos países como los de la Unión Europea y los Estados Unidos se hayan beneficiado y que en cambio otros países hayan salido perjudicados, son consecuencia directa de la manera en que el sistema de gobierno de la globalización de la economía se ha formado. Son éstas, pues, las tres ideas que quiero ofrecer hoy.

Para empezar, quiero señalar el hecho de que he estado observando los debates sobre la globalización en los últimos cinco o diez años, y que ha cambiado enormemente la impresión que se tiene de ella, sobre todo en los dos últimos años. Cuando he asistido a reuniones, por ejemplo, he visto que los dirigentes empresariales que se encuentran en muchas de ellas (Davos, por ejemplo) hablan con personas que proceden de todas las esferas y profesiones. Está claro que hay un reconocimiento creciente de las proposiciones que he presentado. Hay un reconocimiento cada vez mayor de que el programa de comercio, por ejemplo, que ha dominado la creación de mercados mundiales de comercio, ha

sido un programa que ha estado dirigido por el Norte, por los países desarrollados para los países desarrollados. Se admite que hay algo fundamentalmente errado en la manera en que todo ello ha funcionado. Centrándonos un poco por el momento en esa cuestión del programa de comercio, todos reconocemos que, mientras que ha habido un enorme impulso y se ha ejercido presión para que los países en desarrollo reduzcan los obstáculos al comercio que imponen a los productos industriales, Europa y los Estados Unidos se han negado a hacer gran cosa en cuanto a reducir los obstáculos que ellos imponen al comercio de los productos agrícolas de los países en desarrollo. Todo ello es muy asimétrico. Y esa es precisamente la clase de asimetría que ha dado por resultado que el África subsahariana se haya visto tan perjudicada por la última ronda de negociaciones comerciales y la razón de que haya sido así.

Pero los problemas son en realidad más profundos y en ellos se ven reflejados algunos principios generales que yo pude observar repetidamente cuando estaba en la Casa Blanca. Hay dos principios generales que he notado una y otra vez. Uno es el de que todo el mundo cree en principio que no debiera haber subvenciones, excepto en sus propias ramas de producción industrial. El otro es que todo el mundo cree en el principio de la competencia, excepto con respecto a sus propios sectores industriales. Permítanme que aclare estas dos proposiciones con dos ejemplos.

El primero de esos ejemplos se refiere a la esfera de las subvenciones. Los países desarrollados, Occidente, Estados Unidos, sermonean repetidamente a los demás países en cuanto a que no deberán conceder subvenciones y, sin embargo, en la única esfera en que los países en desarrollo gozan de una ventaja relativa, que es en la agricultura, los países desarrollados subvencionan a sus sectores agrícolas. Y lo hacen de una manera enorme. De hecho, la magnitud de las subvenciones que Europa, los Estados Unidos y el Japón conceden a la agricultura es superior a las tasas de subvención en África. No cabe duda de que hay algo desproporcionado en todo ello.

Pensemos en la cuestión de la competencia. En 1993 estaba yo en la Casa Blanca cuando vi caer el precio del aluminio, de un modo más espectacular aún que cuando se vio la caída de los precios del café en estos dos últimos años. Y cuando eso ocurrió, me dije: apuesto a que dentro de seis semanas Alcoa y las demás empresas de aluminio estarán aquí en la Casa Blanca pidiéndonos que hagamos algo al respecto. Y acerté. Pensé que tardarían unas seis semanas, dos meses quizá, y allí estaban al cabo de unas cuantas semanas. Y allí estaba Paul O'Neill, Principal Jefe Ejecutivo de la empresa Alcoa, quien desde entonces ha ganado fama como el actual Secretario de Hacienda de los Estados Unidos, la persona que justo hará un par de meses pronunció un discurso que se hizo famoso, en el que dijo que "el problema del capitalismo, el problema del mundo, no es que haya demasiado capitalismo, sino que hay demasiado poco". Pues bien, ¿qué creen ustedes que indicó que deberíamos hacer acerca del problema del descenso de los precios del aluminio? Yo estaba esperando algo así como que sugiriera una forma de subvención (a todo el mundo le gusta recibir subvenciones), pero lo que pidió fue algo que debo confesar que yo no esperaba. Nos pidió que tratásemos de crear un cártel mundial para el aluminio. El problema en aquel caso era el de saber cuál era la causa del problema, a qué se debía. Y era un poco distinto del problema con que se enfrentan en el café. El problema venía en parte de que la economía mundial se estaba desacelerando, y cuando la economía mundial se desacelera, los precios de los productos básicos descienden, y eso era una parte del problema. Otra parte del problema era que Rusia, al finalizar la guerra fría -lo que fue una gran cosa para todo el mundo-, dejó de hacer aviones que sirviesen para lanzar bombas en los Estados Unidos y en Europa. Lo que fue una buena cosa también para el Occidente. Pero cuando los rusos dejaron de hacer aviones, como para hacer los aviones hace falta mucho aluminio, eso aumentó la oferta de aluminio en el mercado. El tercer factor en el asunto fue algo muy interesante que puede que muchos no se-

pan; el caso es que en los Estados Unidos existe la costumbre de que cuando se acaba de beber una coca cola o una lata de cerveza, se aplasta la lata con la mano y se hace crujir, y alrededor de 1993 aumentó mucho la fortaleza del varón estadounidense corriente y esos varones empezaron a mostrarse mucho más capaces de hacer crujir las latas. Muchos de nosotros pensamos que el aumento de confianza que resultó de ese fenómeno contribuyó sumamente al crecimiento de la economía estadounidense en 1993-94. Pero el motivo auténtico de que se pudiesen hacer crujir mucho mejor las latas de coca cola fue que esas latas tenían un 10% menos de aluminio. Se había descubierto una manera de hacer latas de coca cola que eran lo bastante fuertes como para contener la bebida sin romperse. El caso es que todo ello hizo que disminuyese la demanda de aluminio y que aumentase la oferta, los precios del aluminio cayeron, y he aquí a Paul O'Neill, ese creyente en la economía del mercado, diciendo que debíamos crear un cártel mundial para dejar fuera a Rusia (a la que estábamos tratando de convencer de que adoptase una economía de mercado) y que no pudiese entrar en el mercado mundial. Consiguió lo que quería. No voy a entrar en pormenores, pero mencionaré algo que ocurrió. Al final de esa reunión en la Casa Blanca, en la que se decidió crear ese cártel mundial del aluminio, todo ello era tan atroz y tan escandaloso que la Ayudante del Ministro de Justicia de los EE.UU., que estaba a cargo de la legislación antimonopolio, dijo a todo el grupo del subgabinete de Asuntos Económicos que podría verse obligada a procesarnos a todos por infracción de la legislación antimonopolio de los Estados Unidos.

La cuestión es que existe esta asimetría de la respuesta: un sermoneo acerca de la competencia, pero cuando afecta a los productos industriales, un olvidarse de la competencia. Un sermoneo acerca de que no deberán concederse subvenciones, pero cuando se trata de sus propios países, una concesión de subvenciones. Un sermoneo acerca de la apertura de los mercados, pero cuando se trata de los productos

de los países desarrollados, un cierre de sus propios mercados.

Hay una cuestión en todo ello no sólo de economía sino de valores. Todo se pone al servicio de intereses particulares, no del interés nacional, y al servicio de los intereses económicos. En ninguna parte se vio eso con mayor claridad que en la cuestión de los derechos de propiedad intelectual que se incluyó en la Ronda Uruguay por primera vez. Una vez más, cuando yo estaba en la Casa Blanca y esto se estaba llevando a término, muchos de nosotros planteamos cuestiones acerca de esos derechos de propiedad intelectual. Los derechos de propiedad intelectual no son como una ley natural. Esos derechos suponen una búsqueda de equilibrio entre los intereses de los consumidores y de los productores. Pueden y deben suponer un equilibrio entre una diversidad de intereses que deberá buscarse en la elaboración de la legislación de la propiedad intelectual, algo que la mayor parte de nosotros tratamos de hacer en el marco de nuestros propios países. Pero este punto de vista se perdió por completo en la negociaciones de los derechos de propiedad intelectual que formaron parte de la Ronda Uruguay. Yo traté de argumentar, y en ello se me unieron otras personas en el Consejo de Asesores Económicos y en la Oficina de Políticas de Ciencia y Tecnología, que en la elaboración de los derechos de propiedad intelectual no se tenía debidamente en cuenta los intereses de los usuarios, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo. Entre los usuarios de la propiedad intelectual figuran investigadores, y por eso a la Oficina de Políticas de Ciencia y Tecnología le preocupaba el asunto. Nos preocupaba que de hecho el régimen de derechos de propiedad intelectual que se estaba proponiendo que formase parte de la Ronda Uruguay podría retardar el progreso tecnológico en todo el mundo.

Pero nos preocupaba también el hecho de que había otros valores que considerar, en particular con respecto a los derechos de propiedad intelectual de los medicamentos, de la salud en definitiva. Yo no creo que nos hayamos dado

cuenta del todo de que el régimen de propiedad intelectual que se adoptó en 1994 tenía facultades para condenar a muerte a las personas. Se firmó una hoja de papel y se pensó que no era más que un documento, un acuerdo comercial, pero ese acuerdo comercial facultó a las empresas farmacéuticas a subir los precios, y a hacer imposible que las personas afectadas de pobreza en África consigan los medicamentos que precisan para sobrevivir. Y eso fue condenar a esas personas a muerte. A los Ministros de Comercio no se les ocurrió que estaban firmando una sentencia de muerte, pero eso es lo que estaban haciendo. Y sólo cuando comenzó ese proceso de globalización del que hemos estado hablando esta mañana, cuando la sociedad civil mundial dijo que eso era indignante, ya que los Ministros de Comercio de sus respectivos países sólo tuvieron en cuenta los intereses particulares de las empresas farmacéuticas, fue cuando las empresas farmacéuticas tuvieron que rendirse y se vio bajo otra perspectiva el acuerdo de 1994. Pero eso fue sólo la punta del iceberg. Hay centenares de otras situaciones en que se ven afectados no sólo los que tienen SIDA, sino los que precisan otros medicamentos, y las vidas de esas personas se ven cercenadas antes de tiempo como resultado del Acuerdo de 1994.

Lo que quiero subrayar es que las cuestiones que se plantean no son únicamente cuestiones comerciales, y que cuestiones tales como la de la propiedad intelectual no son sólo cuestiones comerciales, que es como se presentan en general. Las cuestiones y los problemas son más amplios de lo que acabo de describir y quiero hablar de otros dos aspectos de este asunto para que quede claro lo complicados que son los problemas que se plantean y que, sin embargo, se pueden desbrozar.

En Economía tenemos muy en cuenta los efectos discordantes que puede tener toda política. Toda política que se adopte tiene efectos distributivos. Unos derechos de propiedad intelectual más vigorosos benefician a algunos y perjudican a otros. Esto lo hemos visto con toda claridad. Pero eso puede decirse prácticamente

de toda política que se adopte en nuestro mundo globalizado. Unos salen beneficiados y otros quedan perjudicados. La manera en que se redacten las normas del juego puede tener unos efectos sumamente distintos de lo que se había pensado. Voy a mostrar dos ejemplos.

Uno de esos ejemplos parecería quedar muy alejado de las cuestiones de que están tratando ustedes y alejados también de las cuestiones de la globalización tal como se presentan habitualmente. Me refiero a la cuestión del sistema tributario que se utiliza en los países en desarrollo, y me siento un poco culpable en cuanto a ello porque algunos de los que han utilizado argumentos a favor de los cambios que voy a describir lo han hecho basándose en libros de texto que yo he escrito. Pero lo cierto es que no han interpretado bien esos libros de texto.

En todo el mundo, el FMI y el Banco Mundial han estado presionando a los países a adoptar el sistema de tributación del IVA que tienen ustedes en Europa. Es un sistema muy bueno en Europa y hay incluso algunos argumentos a favor de que lo adopten. Los costos de recaudación son bajos, proporciona uniformidad, reduce las distorsiones y hay buenas razones para que en los libros de texto que yo he escrito con respecto a los países desarrollados abogue por el uso del IVA. Pero los países en desarrollo son distintos de los países desarrollados y quien no comprenda eso no debería dedicarse a aconsejar a los países en desarrollo lo que tienen que hacer.

¿En qué se diferencian los países en desarrollo? Se diferencian de muchas maneras, pero una de esas diferencias reside en la magnitud, el tamaño del sector no estructurado. Mucho del café se cultiva en el sector no estructurado. Los países en desarrollo no tienen unas cuantas fábricas a las que se pueda someter a impuestos, que se puedan identificar con facilidad y que se pueda tener la seguridad de que será posible recaudar los impuestos que deban. Consisten en millares de personas, con unos ingresos que se reparten entre los productores en pequeña escala, y

el resultado de todo ello es que el IVA es prácticamente imposible de recaudar de esos productores en pequeña escala. Así pues, el índice de recaudación es relativamente bajo. ¿Quién paga el IVA? Los que pagan el IVA son los que están en el sector estructurado, que suponen el 20 o el 30 por ciento de la economía. En la mayoría de los países en desarrollo, particularmente en los países menos adelantados, eso recae principalmente en el sector estructurado. La argumentación ha sido, dejémonos de aranceles y adoptemos el IVA para obtener ingresos, olvidando, claro está, que en los países que lograron hacer eso con éxito en el pasado, países como los Estados Unidos, la industrialización estaba por detrás de los obstáculos arancelarios. Ahora que los Estados Unidos han conseguido desarrollarse, el argumento se basa en retirar la escalera de mano para que otros no puedan subir y unirse a los que están arriba.

¿Qué tiene todo esto que ver con el café? Pues bien, ¿qué ocurre cuando se imponen gravámenes al sector estructurado? Que se obliga a los que forman parte del sector estructurado a salir de él y a entrar en el sector no estructurado. Se les obliga a salir del sector más adelantado y moderno y a entrar a formar parte del sector agrícola, que es menos adelantado. Se aumenta así la oferta de personas que producen productos básicos como los productos agrícolas y como el café entre ellos y ¿qué ocurre cuando se aumenta la oferta de personas que producen esos productos básicos? Que los precios bajan. Y eso es buena cosa para el Norte, es bueno para los países industrializados y adelantados. Esos países tienen así menos competencia para sus productos y precios más bajos para los productos que consumen, y todos sabemos que gastan todos los años 50.000 millones de dólares en el consumo de café. Que bajen los precios de los productos agrícolas es bueno para los países adelantados e industrializados, y es malo para los productores. No quiero sugerir que haya habido una conspiración en esto, pero lo que ha ocurrido es una consecuencia de esas políticas, una consecuencia involuntaria de esas políticas.

Permítanme que les ofrezca otro ejemplo. Pensemos en la estrategia de desarrollo que el Banco Mundial ha venido proponiendo con tanta frecuencia y durante tanto tiempo. Ha sido una estrategia de desarrollo centrada en la educación primaria. Se centró en la ventaja comparativa estática de dedicarse a la expansión del caucho o del café, y países como Viet Nam han tenido mucho éxito en la expansión de esas esferas. En cierto sentido, en un sentido de carácter estático, ha tenido muchísimo éxito. Pero ¿cuáles han sido las consecuencias mundiales de que se haya hecho de ese modo? Si se tiene un sistema de educación centrado en una mano de obra no especializada, y se aumenta la cantidad y la eficacia de una mano de obra no especializada pero no se impulsa a las personas hacia una educación superior y hacia la producción industrial, lo que se consigue es aumentar la producción de los productos básicos. ¿Y qué significa eso? Lo mismo que describí antes; un aumento en el suministro de esos productos, más productos y por lo tanto precios más bajos para los productos que se consumen en los países adelantados e industrializados, y menos competencia para los productos que se producen en los países más adelantados e industrializados.

Examinemos los países que han logrado mayor éxito en cuanto a desarrollo, como Corea. Esos países tuvieron un sistema de educación primaria muy fuerte, pero también presionaron por un sistema de educación secundaria y universitaria vigoroso y adelantado. En el período de mayor crecimiento económico del Brasil hasta la fecha, que fue el período tras la Segunda Guerra Mundial, una de las razones de ese éxito fue el impulso que se dio a la educación. Las buenas nuevas con respecto al Brasil es que en los últimos ocho años ha habido un enorme impulso a favor de la educación y una enorme expansión de la enseñanza, lo que es una buena señal para el futuro de ese país. Pero nótese lo que ocurre en cuanto Brasil trata de entrar en el mercado de otros productos, como los aviones. El Canadá empieza a lanzar acusaciones, sin el menor fundamento, de que pudiera haber un problema de fiebre

aftosa en el Brasil, con ánimo de eliminar las importaciones de carne vacuna del Brasil en el Norte. Cuando se aclaró que no había un problema real, el Canadá dio marcha atrás, pero el daño ya estaba hecho y esto constituye una auténtica táctica de comercio desleal.

Lo que quiero señalar es que los problemas son más amplios de lo que a menudo se ha dicho cuando se ha hablado en torno a ellos, y que se adoptan sin más estrategias tributarias y estrategias de desarrollo, y que en este mundo globalizado esos cambios de las políticas, cuando se imponen en un país tras otro, tienen consecuencias mundiales que afectan a todos los productos básicos incluido el café.

La cuestión ahora es: ¿adónde vamos desde el punto en que estamos? Lo que quiero subrayar es que no podemos dar la espalda a la globalización, y que la globalización es una realidad de la vida. No hay vuelta atrás. Y de hecho el café se ha beneficiado de la globalización. Existe debido a una globalización de la economía mundial que ha tenido lugar durante más de cuatrocientos años. Tengo que decir también que yo no creo que se puedan suprimir las leyes de la economía, las leyes de la oferta y la demanda. Esas leyes están presentes, y eso es lo que está en parte causando el bajo precio del café en estos momentos. La cuestión no es, pues, la de si se puede rechazar la globalización, ni la de si se puede rechazar la ley de la oferta y la demanda; la cuestión es cómo cambiar las normas que rigen el juego, cómo cambiar la forma en que la globalización ha ocurrido usando las fuerzas del mercado, usando la globalización, para rectificar el desequilibrio que ha caracterizado al sistema de globalización en las últimas décadas.

Pues bien, a lo que yo instaría es a que se establezca un nuevo convenio mundial al respecto. Puesto que nos hemos dado cuenta de las desigualdades del pasado, tendría que haber un nuevo convenio mundial en el que los intereses de los países en desarrollo se tengan en cuenta y se contrapesen en relación con los intereses

de los países desarrollados. Han transcurrido cincuenta años desde que se empezó a poner fin a la colonización, pero la mentalidad colonial aún persiste y las pruebas de ello están aún presentes. Pueden observarse en las estructuras de gobierno de varias de las organizaciones internacionales.

Hay algunas cosas concretas que pueden hacerse y que pueden hacerse rápidamente, en estos momentos. Permítanme que nombre unas cuantas, porque creo que son importantes. El Comisionado de Comercio de la UE ha presentado una propuesta audaz que yo apoyo vigorosamente, que es la de eliminar todos los obstáculos al comercio procedente de los países menos adelantados en los Estados Unidos, en Europa y en el Japón. Los países menos adelantados representan únicamente el medio por ciento del comercio. La supresión de todos los obstáculos al comercio con respecto a esos países, todos salvo los relativos a las armas, supondría una enorme diferencia para los habitantes de esos países e impondría un coste minúsculo a los países desarrollados y, sin embargo, incluso esa pequeña propuesta ha despertado resistencia en Europa y no se ha examinado con seriedad en los Estados Unidos. Esto es lo primero que yo haría.

Lo segundo sería enfocar con claridad la cuestión de las poco equitativas subvenciones que describí anteriormente, en particular las subvenciones que se conceden a la agricultura, que convierten la competencia entre los países desarrollados y los menos adelantados en una batalla totalmente desleal.

Lo tercero sería reformular las estrategias del Banco Mundial y el FMI, incluidas las estrategias tributarias y las estrategias de desarrollo, reconociendo que las políticas que han estado imponiendo tienen consecuencias mundiales en cuanto a los efectos que causan en el comercio y en los precios.

Lo cuarto es que creo que es preciso que se haga una nueva ronda de negociaciones comerciales. Pero la nueva ronda de negociaciones comercia-

les debería empezar por rectificar los desequilibrios del pasado. Los Estados Unidos han dicho que antes de que eso pueda ocurrir, precisarían contar con la plena observancia de los acuerdos que se firmaron en 1994. Esto me parece inaceptable por completo. Hay que admitir que esos acuerdos del pasado estaban desequilibrados y que lo primero que habría que hacer sería rectificar ese desequilibrio.

En cuanto a la clase de reformas y medidas concretas que pudieran afectar al café, hay un par de cosas que podrían ser útiles. La primera es que hay que admitir la gran volatilidad que se da en los precios de los productos básicos en general y del café en particular, y creo que deberían pensarse en la creación de fondos de estabilización que hagan posible que los países puedan manejar esa tipo de volatilidad sin el tipo de condicionalidad que supone una intrusión en su soberanía democrática.

En segundo lugar, debo decir que no soy optimista en cuanto a los cárteles. Los cárteles son difíciles de aplicar, representan un invento en los procesos del mercado y lo típico de ellos es que crean distorsiones. Simplemente no funcionan. Soy más optimista, sin embargo, aunque no muy optimista, en cuanto al uso de unas políticas tributarias en el Norte cuyos ingresos se utilicen para ayudar al Sur. Hemos reconocido el principio de que los consumidores paguen impuestos para apoyar a la agricultura en los países desarrollados, y de hecho en todo país desarrollado se hace. Hemos reconocido el principio de que hay que ayudar a los afectados por la pobreza en nuestros propios países. Yo creo que, puesto que la globalización ya ha ocurrido, deberíamos reconocer que las comunidades que se preocupan por los demás no deberían verse limitadas por nuestras estrechas fronteras, y que las comunidades que se preocupan por los que viven en la pobreza son de carácter mundial. Hemos visto algunas pruebas de ella en el Movimiento del Jubileo, y en el Movimiento de la supresión de la deuda del año pasado. Pero esto debería ampliarse aún más. Y, en mi opinión, la globalización exige que se extienda el principio

más allá de nuestras fronteras y se reconozca que cabría pensar en la posibilidad de que los países del Norte se impongan gravámenes a sí mismos, y que los ingresos así recaudados se distribuyan para ayuda de los pobres que viven en el Sur.

Permítanme que finalice haciendo hincapié en que no me ha sido posible hablar en este breve tiempo más que de unas cuantas cuestiones clave: cuestiones de tributación, cuestiones de estrategia del desarrollo, cuestiones comerciales, cuestiones de propiedad intelectual... Pero hay una miríada de cuestiones, y esas cuestiones cambiarán de año en año. El modo en que se aborden esas cuestiones afectará a la manera en que la globalización funcione, tendrá consecuencias en cuanto a que la globalización beneficie a los países en desarrollo o a que, como ocurrió en el pasado, los países en desarrollo se vean en realidad perjudicados y los pobres de los países en desarrollo sean los más perjudicados de todos. Cómo se resuelvan todas esas cuestiones con que habrá que enfrentarse dependerá de quién tenga un sitio en la mesa y de cómo se adopten esas decisiones. Y eso nos lleva otra vez a la cuestión con la que comencé al principio de este discurso. Es esta la cuestión de la forma en que se gobierne la globalización.

Precisamos contar con un sistema mejor de gobierno de la globalización. En estos momentos no existe, creo yo, una participación significativa en muchos de los aspectos de nuestro sistema de gobierno de la globalización. Tenemos tecnologías como las que se describieron en el discurso de esta mañana, pero no tenemos la información que precisamos. Si no contamos con instituciones transparentes, si las negociaciones se hacen a puerta cerrada, si la información no se pone a disposición del público, no va a servir de mucho contar con las mejores tecnologías que pueda haber. Hablar de la transparencia de labios para fuera no basta. En las últimas reuniones del FMI y del Banco Mundial se habló mucho de la transparencia y, sin embargo, se mostraron reacios a divulgar alguna de la información clave que permitiría una par-

ticipación más amplia en el proceso decisorio. No basta con divulgar la decisión tras haberse adoptado y alegar después que es mejor conocer la decisión tras haberse adoptado que no saberla en absoluto y mantenerla en secreto para siempre. Hay que tener la información antes de que se adopten las decisiones, y eso es lo que se muestran poco dispuestos a hacer. Podría seguir hablando de esto por extenso, pero permítanme que les asegure que esas instituciones distan mucho de ser transparentes. Hablan de transparencia pero les queda mucho camino por recorrer en ese sentido.

Como resultado de la falta de transparencia, el rendimiento de cuentas democrático es inadecuado, y la falta de responsabilidad democrática se relaciona no sólo con la transparencia sino con el sistema de derechos de voto, lo que resulta sumamente evidente cuando se trata de instituciones tales como el FMI y el Banco Mundial.

En la mayor parte de los ámbitos y en la mayor parte de los países en que habitamos creemos en el principio de que a cada persona le corresponde un voto. Sin embargo, en instituciones tales como el FMI y el Banco Mundial, la votación se hace basándose en que a cada dólar le corresponde un voto. Esto podría resultar bien si sólo se ocupasen de cuestiones técnicas que fuesen únicamente de interés para los ministerios de hacienda. Pero el caso es que las decisiones que adopta el FMI afectan a la vida y el sustento de las personas que viven en los países en cuestión. La imposición de los derechos de propiedad intelectual que se lleva a cabo, la imposición de toda clase de cuestiones afecta a los trabajadores, a las empresas comerciales en pequeña escala; las macropolíticas que imponen afecta a todo el mundo en esos países. En los Estados Unidos no permitimos que el Ministro de Hacienda adopte esas decisiones porque sabemos que las adoptará respondiendo a determinados intereses, por muy buen corazón que tenga. Insistimos en que esas decisiones las adopte un Consejo que representa a todos los interesados. Y, sin embargo, así es como se hacen las

cosas hoy en día. Los derechos de voto se conceden basándose en que un dólar es un voto, pero ni siquiera eso; ni siquiera se hace basándose en el principio de que a un dólar le corresponde un voto, sino que ese principio de que un dólar vale un voto se lleva a cabo como al final de la Segunda Guerra Mundial, con algunos reajustes desde entonces. El sistema no es representativo del mundo tal como es ahora. La única legitimidad que tienen las estructuras de votación se basa en un anacronismo histórico. Y aún es peor de lo que acabo de decir, porque ¿quién representa a los países? Cuando adoptan esas decisiones que afectan a la vida y el sustento de millones y de miles de millones de personas, quien los representa es... lo gracioso es que quien los representa es esa amplia gama de opinión, digamos en las estructuras de gobierno del FMI, que abarca desde los directores de los Bancos Centrales hasta los ministros de Hacienda. Nadie más está en la junta de gobierno. Es interesante observar que los Estados Unidos están representados por la tesorería de los EE.UU. En una reunión que tuve con el Presidente de los Estados Unidos, éste comentó: "¿No es atroz lo que está haciendo el FMI?". Acababa de leer algo sobre el asunto en el New York Times. No era lo bastante importante como para que su Secretario de Hacienda se lo comunicase. Lo que el Presidente no sabía era que el FMI estaba haciendo aquello porque su Secretario de Hacienda le había dicho que lo hiciera. No es que aquello estuviese representando lo que los Estados querían; estaba representando lo que el Secretario de Hacienda quería. Todo el que comprenda cómo funcionan los procesos democráticos comprende que en un complejo político como son las instituciones políticas, cada uno de los organismos refleja sobre todo los intereses de las personas con las que tiene conexión. Hablan con Wall Street, pero ¿cuánto tiempo

pasan hablando con los dirigentes sindicales? ¿O con representantes de otros intereses? Puede que tengan alguna reunión oficial con ellos una vez cada pocos meses, pero el hecho es que lo que escuchan depende de con quién hablen y que éstos con los que hablan no son una muestra representativa de la población estadounidense, y menos aún de la población de todo el mundo. En las Naciones Unidas, cinco países tienen derecho al veto. Y eso no resulta aceptable, puesto que países como la India, que eran colonias cuando se establecieron el FMI y el Banco Mundial, no eran entonces países independientes ni eran países importantes. Y por lo tanto no tienen derecho al veto. En el FMI hay un país que tiene en realidad derecho al veto: es lo que yo llamo el G 1, el Grupo de 1. Pueden ustedes imaginar cuál es.

Ahora bien, la cuestión es que vivimos en un mundo globalizado y que hablamos de democracia pero tenemos un sistema de instituciones mundiales que no funcionan con arreglo a las normas de responsabilidad democrática. Yo creo que la globalización puede ser una fuerza poderosa y positiva, pero, cuando observo lo que se ha hecho hasta ahora, tengo que decir que no siempre ha sido la globalización esa fuerza positiva y poderosa que debiera ser, y dudo que nadie que mire con objetividad al historial de este fenómeno pueda estar en desacuerdo con ese juicio. Ha sido una fuerza que ha perjudicado a algunos países y a las personas pobres de muchos de ellos. Hay reformas concretas que podrían cambiar las cosas y he enumerado algunas de esas reformas concretas, pero, a la larga, únicamente unos cambios más fundamentales, esto es, cambios en la forma de gobierno del sistema, garantizará que la globalización pueda ser esa fuerza poderosa y positiva para los países en desarrollo que yo creo que debería ser.